

JAROSLAV HAŠEK

LOS DESTINOS DEL BUEN
SOLDADO ŠVEJK DURANTE
LA GUERRA MUNDIAL

TRADUCCIÓN DEL CHECO
DE FERNANDO DE VALENZUELA

BARCELONA 2016



A C A N T I L A D O

TÍTULO ORIGINAL *Osudy dobrého vojáka Švejka za světové války*

Publicado por

A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S.A.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 636 956
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© de la traducción, 2016 by Fernando de Valenzuela Villaverde

© de esta edición, 2016 by Quaderns Crema, S.A.

Derechos exclusivos de esta traducción:
Quaderns Crema, S.A.

ISBN: 978-84-16011-90-2

DEPÓSITO LEGAL: B. 2962-2016

AIGUADEVIDRE *Gràfica*
QUADERNS CREMA *Composició*
ROMANYÀ-VALLS *Impresió y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *marzo de 2016*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

PRÓLOGO

Las grandes épocas exigen grandes personas. Hay héroes desconocidos, modestos, carentes de la gloria y la historia de un Napoleón. Un análisis de su carácter le haría sombra incluso a la fama de Alejandro Magno. Hoy mismo, en las calles de Praga, pueden ustedes toparse con un hombre desarrapado que ni siquiera sabe lo que realmente significa para la historia de la nueva época y su grandeza. Va modestamente por su camino, no molesta a nadie ni a él lo molestan periodistas que pretendan pedirle una entrevista. Si le preguntasen cómo se llama, respondería con sencillez y humildad:

—Yo soy Švejk...

Y este hombre silencioso, modesto, desarrapado, es en efecto aquel viejo buen soldado Švejk, heroico, valiente, que en la época del Imperio austrohúngaro anduvo en boca de todos los ciudadanos del reino de Bohemia y cuya fama no decaerá ni siquiera con la república.

Aprecio mucho al buen soldado Švejk, y al relatar sus destinos durante la guerra mundial estoy convencido de que todos ustedes simpatizarán con este héroe modesto y desconocido. Él no incendió el templo de la diosa en Éfeso, tal como lo hiciera el imbécil de Eróstrato para salir en los periódicos y en los libros de texto.

Y eso ya es bastante.

EL AUTOR

1. LA INTERVENCIÓN DEL BUEN SOLDADO ŠVEJK EN LA GUERRA MUNDIAL

—Así que nos mataron a Fernando—le dijo la asistenta al señor Švejk, quien había abandonado años atrás el servicio militar después de haber sido calificado definitivamente como imbécil por una comisión médica castrense y vivía de la venta de perros, feos monstruos de sangre impura cuyo pedigrí falsificaba.

Además de ese empleo, padecía de reuma y en aquel preciso momento se estaba frotando las rodillas con linimento.

—¿Qué Fernando, señora Müllerová?—preguntó Švejk sin dejar de masajearse las rodillas—. Conozco a dos Fernandos. Hay uno que trabaja de dependiente en la droguería de Pruša y que se bebió por equivocación una botella de no sé qué loción para el pelo, y también conozco a Fernando Kokoška, que se dedica a recoger cacas de perro. En ninguno de los dos casos se pierde gran cosa.

—¡Pero señor!, al archiduque Fernando, el de Konopiště, ése tan gordo y tan religioso.

—¡Vaya por dios, qué bueno!—exclamó Švejk—. ¿Y dónde le ocurrió semejante cosa al archiduque?

—Se lo cargaron en Sarajevo, señor, con un revólver, ¿sabe? Iba en un automóvil con la archiduquesa.

—Fíjese, señora Müllerová, en automóvil. Claro, un señor como él puede permitírsele sin siquiera pensar en lo mal que puede terminar un viaje en automóvil. Y además en Sarajevo, eso está en Bosnia, señora Müllerová. Deben de haber sido los turcos. Me da la impresión de que no debimos haberles quitado Bosnia y Herzegovina. Vaya, vaya, señora Müllerová. Así que el archiduque ya pasó a mejor vida. ¿Sufrió mucho?

—El archiduque la palmó enseguida, señor. Ya sabe que con los revólveres no se juega. No hace mucho también se puso a jugar con un revólver un vecino mío de Nusle, y se cargó a toda la familia y hasta al casero, que fue a ver quién estaba disparando en el tercer piso.

—Hay revólveres que no pegan un tiro ni aunque uno se vuelva loco. De esos hay muchos. Pero seguro que para el señor archiduque compraron uno de los buenos, y apostaría a que la persona que lo hizo se vistió especialmente para la ocasión. Ya sabe, dispararle a un archiduque es muy complicado. No es como cuando un furtivo le dispara al guardabosques. La cuestión es cómo llegar hasta él, porque para acercarse a alguien así no se puede ir vestido con cualquier trapo. Hay que ir con chistera, para que no lo pille a uno antes la policía.

—Dicen que fueron varios, señor.

—Eso por supuesto, señora Müllerová—dijo Švejk terminando de masajearse las rodillas—: si usted quisiera matar al archiduque o al emperador seguro que le pediría consejo a alguien. Cuanta más gente, mejores ideas. Uno aconseja esto, otro aquello, y así es como la obra se logra, como dice nuestro himno. Lo principal es averiguar el momento en que va a pasar el caballero en cuestión. Es como lo del señor Luccheni, no sé si se acuerda, el que apuñaló a nuestra pobre Elisabeth con una lima. Iba de paseo con ella. Es como para no fiarse de nadie, desde entonces no hay emperatriz que salga de paseo. Y aún les llegará el turno a muchos más. Ya verá, señora Müllerová, acabarán hasta con el zar y la zarina, y puede, Dios no lo permita, que hasta con Su Majestad el emperador, ya que han empezado con su tío. El viejo tiene muchos enemigos. Aún más que este Fernando. Como dijo no hace mucho un señor en la taberna: llegará un día en que los emperadores la irán palmando uno tras otro y no los salvará ni la fiscalía del Estado. Resulta que luego no tenía para pagar y el tabernero tuvo que hacerlo detener. Y el señor le dio una bofetada al tabernero y dos al guardia. Tuvieron que llevár-

selo en un furgón para que volviera en sí. Sí, señora Müllerová, qué cosas pasan hoy. Otra pérdida más para Austria. Cuando yo estaba en la mili, un soldado de infantería mató al capitán. Cargó el fusil y entró en la oficina. Le dijeron que allí no se le había perdido nada, pero él insistió en que tenía que hablar con el capitán. El capitán salió y le anunció inmediatamente que estaba arrestado. Él cogió el fusil y le desce-rrajó un balazo directamente en el corazón. La bala le salió al capitán por la espalda y hasta produjo daños en la oficina. Rompió un frasco de tinta y ésta manchó las actas oficiales.

—¿Y qué pasó con aquel soldado?—preguntó al cabo de un rato la señora Müllerová mientras Švejk se vestía.

—Se ahorcó con unos tirantes—dijo Švejk limpiando su sombrero de ala dura—. Y los tirantes ni siquiera eran suyos. Se los había pedido prestados al carcelero con la excusa de que se le caían los pantalones. ¿Acaso iba a esperar a que lo fusilaran? Ya sabe, señora Müllerová, en una situación como ésa todo el mundo pierde la cabeza. Al carcelero lo degradaron por aquello y le cayeron seis meses. Pero no los cumplió. Huyó a Suiza y ahora hace de predicador de no sé qué parroquia. Hoy hay poca gente honrada, señora Müllerová. Me imagino que el archiduque Fernando también se llevaría una desilusión con la persona que le disparó. Ve a un señor y piensa: es una persona decente porque da vivas cuando yo paso. Y va el señor y le pega un tiro. ¿Le disparó uno o más de uno?

—El periódico dice que el señor archiduque estaba como un colador, señor. Vaciaron el cargador.

—Eso es muy rápido, señora Müllerová, muy rápido. Yo para una cosa así me compraría una Browning. Parece un juguete, pero con eso puede usted matar en dos minutos a veinte archiduques, flacos o gordos. Aunque, entre nosotros, señora Müllerová, a un archiduque gordo es más fácil acertarle que a uno flaco. No sé si se acordará de aquella vez en Portugal en que se cargaron a su rey. Era igual de gordo. Ya sabe, un rey no va a ser flaco. Bueno, ahora me voy a la taberna El

Cáliz y si alguien viniese a buscar el perro faldero por el que me dieron un adelanto, le dice que lo tengo en mi perrera en el campo, que hace poco le recorté las orejas y que no se lo puede trasladar hasta que no le cicatricen, para que no se le inflamen. La llave se la deja a la portera.

En la taberna El Cáliz sólo había un parroquiano. Era el agente Bretschneider, que estaba al servicio de la policía secreta. El tabernero Palivec estaba limpiando los platillos y Bretschneider trataba en vano de entablar con él una conversación seria.

Palivec era especialmente malhablado, de cada dos palabras que decía una era culo o mierda. Pero al mismo tiempo era un hombre culto y les aconsejaba a todos que leyesen lo que había escrito sobre lo segundo Victor Hugo al describir la última respuesta de la vieja guardia de Napoleón a los ingleses durante la batalla de Waterloo.

—Qué verano tan bueno tenemos—inició Bretschneider su conversación seria.

—No vale una mierda—respondió Palivec, guardando los platillos en el aparador.

—Vaya faena que nos han hecho en Sarajevo—afirmó con escasas esperanzas Bretschneider.

—¿En qué Sarajevo?—preguntó Palivec—. ¿En ese bar que hay en Nusle? Ahí hay pelea todos los días; ya sabe, Nusle.

—En el Sarajevo de Bosnia, señor tabernero. Han matado al archiduque Fernando, ¿qué le parece?

—Yo no me meto en esas cosas, a mí me importan una mierda—respondió con corrección el señor Palivec, encendiendo su pipa—. Meterse en esas historias le puede costar el cuello a cualquiera. Yo soy un comerciante; si alguien viene y pide una cerveza, yo se la sirvo. Pero Sarajevo, la política o el difunto archiduque no son cosas que tengan nada que ver con nosotros, eso sólo sirve para ir a parar a la cárcel de Pankrác.

Bretschneider se calló y, decepcionado, se puso a observar la taberna vacía.

—Aquí hace tiempo había un retrato de Su Majestad el emperador—retomó la conversación al cabo de un rato—, precisamente allí donde está ahora el espejo.

—Sí, tiene razón—respondió el señor Palivec—, estaba ahí colgado y se cagaban en él las moscas, así que lo llevé al desván. Ya sabe, alguien podía hacer algún comentario que tuviera consecuencias desagradables. No me convenía.

—En Sarajevo tiene que haber estado fea la cosa, ¿no cree, señor tabernero?

A aquella páfida pregunta directa respondió el señor Palivec con extraordinaria prudencia:

—En esta época en Bosnia y Herzegovina suele hacer un calor horroroso. Cuando hice el servicio militar allí, a nuestro teniente le tuvieron que poner hielo en la cabeza.

—¿En qué regimiento estuvo, señor tabernero?

—Esos detalles no los recuerdo, nunca me interesé por esas chorradas y nunca se las pregunté a nadie—respondió el señor Palivec—: demasiada curiosidad resulta perniciosa.

El agente Bretschneider se calló definitivamente y su expresión huraña no mejoró hasta la llegada de Švejk, quien, al entrar en la taberna, pidió una cerveza negra e hizo el siguiente comentario:

—Hoy en Viena también están de luto.

Los ojos de Bretschneider relucieron llenos de esperanza y pronunció una breve frase:

—En Konopiště hay diez banderas negras.

—Debería haber doce—dijo Švejk después de dar un trago.

—¿Por qué doce?—preguntó Bretschneider.

—Para que salgan las cuentas; por docenas se cuenta mejor y por docenas todo sale más barato—respondió Švejk.

Se hizo un silencio que el propio Švejk interrumpió con un suspiro:

—Así que ya pasó a mejor vida, que Dios lo tenga en su gloria eterna. Ni siquiera llegó a emperador. Cuando yo estaba en la mili, un general se cayó del caballo y se mató tan tranquilamente. Querían ayudarlo a subir de nuevo al caballo, querían sentarlo, y se quedaron asombrados al ver que estaba muerto y bien muerto. Justo cuando iba a ascender a mariscal de campo. Sucedió durante un desfile. Los desfiles no traen nunca nada bueno. En Sarajevo también hubo un desfile. Recuerdo que una vez, en uno de esos desfiles, me encerraron catorce días en la celda de castigo porque me faltaban veinte botones en el uniforme y estuve dos días como Lázaro, atado de pies y manos. Pero en la mili tiene que haber disciplina, sino nadie se preocuparía por nada. Nuestro teniente primero Makovec siempre nos decía: «La disciplina, panda de idiotas, es necesaria, porque si no estaríais subidos a los árboles como los monos; pero la mili os convertirá en personas, idiotas retrasados». Y tenía razón. Imagínense un parque, pongamos el parque del rey Carlos, y en cada árbol un soldado sin disciplina. Eso es lo que siempre me ha dado más miedo.

—Lo de Sarajevo—retomó el tema Bretschneider—lo hicieron los serbios.

—Se equivoca—respondió Švejk—, lo hicieron los turcos por lo de Bosnia y Herzegovina. —Y expuso sus opiniones sobre la política internacional de Austria en los Balcanes: los turcos perdieron en 1912 contra Serbia, Bulgaria y Grecia. Querían que Austria les ayudase y, como no lo hizo, mataron a Fernando.

—¿Te gustan los turcos?—preguntó Švejk al tabernero Palivec—. ¿Te gustan esos perros paganos? ¿Verdad que no?

—A mí me dan lo mismo todos los clientes—respondió Palivec—, aunque sean turcos. Para nosotros los comerciantes, la política no existe. Paga tu cerveza, siéntate en la taberna y di lo que quieras. Ésos son mis principios. Me da lo mismo si a nuestro Fernando se lo cargó un serbio o un tur-

co, un católico o un mahometano, un anarquista o un nacionalista checo.

—Bien, señor tabernero—intervino Bretschneider, que estaba volviendo a perder las esperanzas de que de aquellos dos se pudiera sacar algo en limpio—, pero estará de acuerdo en que ha sido una gran pérdida para Austria.

En lugar del tabernero respondió Švejk:

—Una pérdida sí que es, eso no se puede negar. Una terrible pérdida. Fernando no puede ser reemplazado por cualquier idiota. Pero tendría que haber sido aún más gordo.

—¿Qué quiere decir?—revivió Bretschneider.

—¿Que qué quiero decir?—respondió satisfecho Švejk—. Precisamente lo que digo. Si hubiera sido más gordo, seguro que le habría dado antes un infarto mientras perseguía en Konopiště a las tías que recogían leña y setas en su coto de caza, y no habría tenido que morir de una muerte tan vergonzosa. El tío de nuestro emperador, y van y lo matan a tiros. Es una vergüenza, los periódicos no hablan de otra cosa. Hace años, en Budějovice, de donde soy yo, apuñalaron en el mercado, en una riña sin importancia, a un tratante de ganado, un tal Břetislav Ludvík. Tenía un hijo que se llamaba Bohuslav, y cuando iba a vender cerdos nadie se los compraba y todos decían: «Éste es el hijo de aquel apuñalado, así que también será un buen pájaro». Tuvo que tirarse al Vltava desde el puente de Krumlov y tuvieron que sacarlo, tuvieron que reanimarlo, tuvieron que sacarle el agua que llevaba dentro y se tuvo que morir en brazos del médico mientras le ponía una inyección.

—Hace usted comparaciones extrañas—dijo Bretschneider con énfasis—, primero habla de Fernando y después de un tratante de ganado.

—Qué va, no las hago—se defendió Švejk—. Dios me libre de comparar a nadie. El señor tabernero me conoce. ¿Verdad que yo nunca he comparado a nadie? Lo único que no me gustaría es estar en la piel de la viuda del archiduque.

¿Qué va a hacer ahora? Los hijos son huérfanos, las posesiones de Konopiště están sin amo. ¿Volver a casarse con otro archiduque? ¿Para qué? Regresaría con él a Sarajevo y enviudaría otra vez. En Zlív, cerca de Hluboká, había hace años un guardabosques que tenía un nombre muy feo, se llamaba Pindour. Lo mataron los furtivos y dejó viuda y dos hijos; y ella se volvió a casar al cabo de un año con otro guardabosques, Pepík Savlovic, de Mydlovary. Y se lo mataron. Después se casó por tercera vez y también con un guardabosques, y dijo: «A la tercera va la vencida. Si esta vez no me sale bien, ya no sé qué hacer». Naturalmente, también se lo mataron, y para entonces ya tenía con los guardabosques seis hijos en total. Fue a las oficinas del príncipe en Hluboká y se quejó de lo que sufría con los guardabosques. Así que le recomendaron a Jareš, el cuidador del lago de la fortaleza de Ražice. ¿Y qué dirían ustedes que pasó? Se lo ahogaron cuando estaba sacando los peces del lago, y ella ya tenía dos hijos con él. Después se casó con un capador de Vodňany que una noche la mató de un hachazo y fue a entregarse por su propia voluntad. Cuando lo estaban ahorcando junto a los tribunales de Písek, le dio un mordisco en la nariz al cura y dijo que no se arrepentía de nada y también dijo algo muy feo sobre Su Majestad el emperador.

—¿Sabe qué fue lo que dijo?—preguntó con voz esperanzada Bretschneider.

—Eso no se lo puedo decir porque nadie se atrevió a repetirlo. Pero parece que fue algo tan terrible y horroroso que uno de los magistrados que estaba presente se volvió loco al oírlo y hasta el día de hoy lo mantienen aislado para que nadie se entere. No era uno de esos insultos corrientes a Su Majestad el emperador que dice la gente cuando se emborracha.

—¿Y cuáles son los insultos al emperador que dice la gente cuando se emborracha?—preguntó Bretschneider.

—Por favor, señores, cambien de tema—intervino el tabernero Palivec—, a mí esto no me gusta. Se habla más de la cuenta y luego uno se arrepiente.